

IX Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata

Ensenada, 5, 6 y 7 de diciembre de 2016

Mesa 15/ Pobres ciudadanos. Las clases populares en la Argentina democrática.

Delas políticas orientadas a jóvenes pobres a la producción social de la vida y las políticas en un barrio popular. Una etnografía desde el sur de la Ciudad de Buenos Aires.

Paula Isacovich

CONICET, ICA-UBA y UNPAZ

paulaisacovich@gmail.com

Esta ponencia presenta resultados de una investigación doctoral finalizada sobre la producción social de juventudes y políticas de juventud en el Bajo Flores, al sur de la Ciudad de Buenos Aires. La investigación, de carácter etnográfico, se centró en una política de formación laboral que lleva más de veinticinco años en el barrio.

La discusión que aborda el texto parte de recuperar múltiples aspectos que tensionan a las políticas: -lineamientos de intervención con jóvenes de distintos niveles y áreas del Estado; -deseos manifiestos y prácticas cotidianas de jóvenes que asisten a talleres de oficios, de militantes barriales y de trabajadores estatales, en torno a las políticas y a los modos de vida de la juventud;-y también las posibilidades y condiciones de trabajo remunerado y de acceso al dinero que se observan en el Bajo Flores.

De conjunto, procuro mostrar que la vida de los jóvenes de sectores populares y las políticas orientadas a ellos se producen en un mismo proceso social e histórico inescindible. Y que comprenderlos requiere atender a una economía política espacial y temporalmente situada, de la cual aquellos son productos y productores, disputando y resistiendo en condiciones de desigualdad.

Introducción

Entre 2010 y 2012 asistí sistemáticamente al Bajo Flores, una zona amplia del sur de la Ciudad de Buenos Aires, compuesta por distintos complejos de viviendas sociales y por la Villa 1-11-14, una de las más extendidas y populosas de la Ciudad. Allí se situó el trabajo de campo etnográfico de una investigación sobre políticas de juventud que finalizó a comienzos de 2016.

La etnografía se centró en Aprender a Trabajar¹, una política de formación laboral basada en talleres de oficios tales como Mecánica automotriz, Construcciones, Electricidad, Diseño gráfico, entre otros. Los talleres organizaban a los y las jóvenes de acuerdo al oficio y a su edad: quienes tuvieran entre 13 y 18 años asistían por las mañanas, de lunes a viernes, entre las 8 y las 12 hs. En ese horario también cursaban Lectoescritura, Ciencias, Derechos Humanos y Orientación Laboral. Además, al atardecer se dictaban talleres para jóvenes que hubieran superado la mayoría de edad. Ellos y ellas aprendían distintos oficios en una clase semanal, y una tarde por semana confluían en un taller común de Orientación Laboral. En total trabajaban allí aproximadamente veinte trabajadores estatales, y asistían entre sesenta y ochenta jóvenes.

Aprender a Trabajar tenía, cuando inicié mi trabajo de campo, veinte años de historia. Había surgido entre las acciones impulsadas por un conjunto de personas que buscaban trabajar y también realizar alguna práctica política, al retornar del exilio al que se habían visto forzados durante la últimadictadura militar. Para ello, establecieron acuerdos con la entonces Intendencia de la Capital Federal y también con vecinos y trabajadores de políticas estatales del Bajo Flores, para ocupar un edificio que ocupaba una institución dependiente de la antigua Subsecretaría de Acción Social, la misma en la cual se inscribiría Aprender a Trabajar.

En aquel momento el barrio crecía en cantidad de habitantes, luego de años de políticas de erradicación de villas de emergencia y barrios populares. Y junto con los nuevos habitantes llegaban políticas sociales. Cuando inicié, a fines de 2009, la investigación que sustentó mi tesis doctoral, el Bajo Flores y Aprender a Trabajar habían cambiado notablemente pero la impronta militante de sus fundadores y el carácter de política estatal seguían modelando tensamente las acciones y las relaciones sociales que pude observar.

El trabajo de campo realizado en el Bajo Flores me permitió advertir numerosos sentidos que se anudaban en torno a las acciones políticas con jóvenes que se desplegaban en Aprender a Trabajar. Entre ellos destacaban los debates e intentos en torno a la necesidad de

¹Los nombres han sido modificados para preservar la identidad de las personas.

generar trabajo remunerado para los *pibes* y *pibas*². En torno al trabajo político, al trabajo y al dinero se anudaban expectativas, posibilidades, experiencias (algunas frustrantes o violentas) y aprendizajes. En esta ponencia, me interesa enfocar estos sentidos para analizar dimensiones relevantes de la producción de las políticas y la vida de los y las jóvenes, tal como pude aprender a comprenderlas en esta investigación.

En los estudios sobre políticas de juventud, uno de los temas fundamentales coloca la cuestión del trabajo ya sea como objetivo de los dispositivos, como expectativa o meta de los y las jóvenes, o bien como universo de sentido sobre la base de la cual ellos y ellas se vinculan con las políticas. Uno de los enfoques se sustenta en la teoría de la heterogeneidad estructural (de Raúl Prebisch) y considera que en países con desarrollos capitalistas dependientes como la Argentina, los jóvenes que viven en condiciones de pobreza, se ven expuestos a la posibilidad del desempleo y la precariedad laboral, resultando en “riesgo de marginalidad social” (Salvia, 2013; Van Raap, 2010). Estos estudios cuestionaron las perspectivas de impacto de las políticas orientadas a promover la inserción laboral de jóvenes, porque no logran promover el acceso al “trabajo decente”³.

Otro enfoque se apoya en la teoría de Joaquim Casal sobre la juventud como etapa de transición a la vida adulta, que supone un tránsito de la dependencia a la autonomía en términos laborales, económicos, habitacionales y de formación de una familia/hogar propio. Desde esta mirada, las políticas “intervienen en la transición” aportando a fortalecer la “subjetivación” y transfieren a los jóvenes “capital social”. Ello en ocasiones permite a los jóvenes acceder a empleos “de calidad” (Jacinto y Millenaar, 2010), aunque en términos generales la mayoría de los dispositivos reproducen las condiciones socioeconómicas y de género (Millenaar, 2010).

De conjunto, los estudios evidencian una extendida preocupación por el acceso de los y las jóvenes a un trabajo asalariado, ligado a un ideal de empleo estable, formal y socialmente protegido, sintetizado en la noción de “trabajo decente”. Con este objetivo -que recupera lineamientos de acción y evaluación de la OIT los cuales son replicados por agencias de gobierno locales a distintos niveles-, se evalúan las políticas de acuerdo a si mejoran o no

²Las cursivas señalan términos nativos

³ La expresión refiere a una categoría de la Organización Internacional del Trabajo, la cual:

“(…) busca expresar lo que debería ser, en el mundo globalizado, un buen trabajo o un empleo digno. El trabajo que dignifica y permite el desarrollo de las propias capacidades no es cualquier trabajo; no es decente el trabajo que se realiza sin respeto a los principios y derechos laborales fundamentales, ni el que no permite un ingreso justo y proporcional al esfuerzo realizado, sin discriminación de género o de cualquier otro tipo, ni el que se lleva a cabo sin protección social...” (“http://www.ilo.org/americas/sala-de-prensa/WCMS_LIM_653_SP/lang-es/index.htm”, 2016).

las posibilidades de los y las jóvenes. En tanto que las experiencias juveniles se exploran para analizar tanto esos efectos como las expectativas y actitudes que expresan, evaluando si favorecen o no una trayectoria laboral “exitosa”.

Así analizado el tema, los sujetos quedan reducidos a una categoría de exclusión e intervención estatal que oscurece tanto sus posibilidades de agencia como las maneras particulares en que esa “exclusión” es vivida. Y la politicidad de las acciones juveniles queda en la sombra.

En cambio, sostengo que las relaciones que se establecen entre jóvenes y políticas estatales no pueden ceñirse a esos modelos asociados a instituciones como el trabajo asalariado, y que en cambio otras opciones de vida están configurando la juventud y –desde esas mismas relaciones- también las políticas. En este sentido recupero la visión del neoliberalismo de Gago, la cual se enfoca en el desarrollo de una racionalidad de gobierno que se impulsa por medio de las libertades, y que por ello habilita formas de resistencia como las economías populares, en el marco de las cuales lo informal instituye realidades productivas y posibilidades de progreso (Gago, 2014)⁴. Esta mirada permite captar los modos en que las resistencias cotidianas hacen a la configuración de las políticas.

En función de estos debates, examinaré de cerca algunos sentidos en torno al trabajo político con jóvenes, y también las posibilidades de trabajo remunerado que se observan o se sueñan en el Bajo Flores, y las implicancias de estos sentidos, sueños y posibilidades sobre las configuraciones de políticas de juventud.

A tal fin, presentaré las posibilidades de trabajo y de acceso al dinero que vislumbran los y las jóvenes desde el barrio, dando cuenta de un mundo de sentidos que desborda la cuestión de la formalidad y la estabilidad laboral, aunque no la desdeñen.

Luego daré cuenta de un esfuerzo permanente de regulación y producción de normas que se asientan en una mirada dicotómica según la cual a los jóvenes del Bajo Flores se los supone en la necesidad de optar entre dos caminos, que se presentan como separados y contrapuestos. Así, las políticas se estructuran cotidianamente para orientar a los chicos, en especial a los varones, a optar por el camino del trabajo.

De conjunto, esta ponencia procura mostrar que comprender las políticas de juventud y la vida de los jóvenes de sectores populares requiere pensarlos como parte de un mismo

⁴El análisis sigue a Foucault, y sugiere que el neoliberalismo se comprende mejor como “un conjunto de saberes, tecnologías y prácticas que despliegan una racionalidad de nuevo tipo que no puede pensarse sólo impulsada “desde arriba” porque su innovación consiste, más profundamente que en las políticas que usualmente se refieren con el término, en una forma de gobernar por medio del impulso a las libertades” (Gago, 2014:9-10). Esas libertades abren un espacio para pensar al “neoliberalismo” como arena de conflictos sociales, de luchas políticas (Gago, 2014).

proceso social e histórico inescindible, el cual supone asimismo una economía política espacial y temporalmente situada, de la cual aquellos son productos y productores, disputando y resistiendo en condiciones de desigualdad.

Ferias, changas, obras y otros quehaceres. El universo de posibilidades en el que se insertan, las vidas de los sectores populares, y las políticas de juventud.

Dimensionar las posibilidades y dificultades de trabajo y de acceso al dinero que enfrentan los habitantes del Bajo Flores resulta un desafío complejo. Los datos estadísticos (que omito acá por razones de espacio) muestran que los barrios del sur alcanzan los indicadores laborales y económicos más desfavorables de la ciudad. Evidencian menor nivel de actividad económica, mayor cantidad de niños y ancianos por cada trabajador activo, mayor informalidad laboral, e ingresos monetarios por debajo del promedio. Distintas fuentes abonan la lectura de que las condiciones se agravan para los y las jóvenes.

A su vez, los datos estadísticos resultan limitados en un contexto en el cual la actividad informal e inclusive ilegal es como mínimo importante en términos comparativos respecto de la actividad registrada. En ese contexto, los datos etnográficos permiten captar otra densidad de características de la economía barrial.

Llegar a Aprender a Trabajar supuso, en casi todas mis visitas, atravesar decenas de actividades económicas que sucedían día tras día en las calles del barrio. El primer impacto lo generaba el tumulto de personas, mayormente hombres, que esperaba en una esquina determinada la llegada de vehículos que reclutaran trabajadores. Según me comentaron trabajadores de Aprender a Trabajar, estos hombres aguardaban ser convocados para obras del rubro de la construcción o bien para talleres textiles. En las inmediaciones de aquella esquina había no menos de cinco puestos de venta de alimentos cocidos, los cuales se calentaban en carritos rodantes para alimentar al paso a habitantes del barrio que en muchos casos carecen de la posibilidad de cocinar en sus viviendas. También había paños dispuestos sobre el suelo para la venta de productos usados -indumentaria en primer lugar-, y también un negocio polirrubro que ocupaba varios metros cuadrados de vereda con cochecitos de bebés, colchones, muebles y otros productos exhibidos para la venta.

Con ese mundo de rebusques callejeros soñaba Gabriel, quien asistía regularmente al taller de Mecánica Automotriz con el fin de, en un futuro cercano, “*ponerse su propio taller*”. Le pregunté dónde pensaba situarlo y me respondió algo que me resultó casi evidente: en la calle. También Piki, uno de los ex alumnos de Aprender a Trabajar que solía frecuentar los

eventos festivos y visitar la institución, tenía una *changa* callejera: lavaba autos.

A la economía informal de las calles le correspondía otra de las penumbras, como era el caso del taller de costura en el cual trabajó Rosa, una de las alumnas de los talleres del turno tarde. Tenía veintiún años, una hija pequeña y había migrado desde Bolivia. Así lo contó en un taller donde discutían sobre cómo leer avisos clasificados en periódicos,

“Me dijeron que iba a tener que limpiar y doblar en un taller. Me dijeron el sueldo que me iban a pagar y era bueno, yo me vine por el sueldo. Cuando vine estaba la madre de la señora que me entrevistó pero a los dos meses la suegra se fue y el marido de la mujer empezó a gritonarme, y yo era sola para doblar para 8 talleristas. A veces me quedaba hasta las 2 de la mañana para doblar algo. Mis amigas me decían que me fuera, que me saliera. Pero el señor me mostraba por la ventana cómo le estaban robando a un paisano para amenazarme. Hasta que una amiga me sacó, y después no me quisieron dar mi ropa”.

Esa economía no estaba disociada: los productos que se comercializaban en los puestos y las ferias callejeras del barrio, en especial los textiles pero también otros como copias no autorizadas de películas y temas musicales, provienen de talleres textiles y otros emprendimientos productivos *clandestinos* radicados en las villas (Gago, 2014).

El trabajo en el marco de políticas e instituciones estatales era otra posibilidad en la que habían podido insertarse varios de los sujetos con quienes interactué en el campo. En primer lugar, es el caso de los trabajadores y las trabajadoras de Aprender a Trabajar. Algunos de ellos habían sido antes ex alumnos, o bien madres de alumnos. Algunos de ellos trabajaban en relación de dependencia, con aportes jubilatorios y obra social. Otros lo hacían bajo modalidades más flexibles, como contratos de locación de servicios. Uno de ellos era Mario, quien había sido alumno de los talleres de Electricidad, Herrería y Periodismo durante su adolescencia, y ahora, con veintiséis años, estaba a cargo del taller de Herrería en el marco de un contrato de trabajo formal. Tanto la hermana de Mario como su novia, asistían al taller de Comunicación y Diseño en el año 2010. Aquel año, Mario faltó a trabajar casi tan cotidianamente como muchos de los alumnos faltaban a las clases y, entre otras preocupaciones que algunos de sus compañeros de trabajo expresan sobre él, comentaron que posiblemente estuviera consumiendo *paco*⁵. Sus alumnos, en tanto, protestaban por su

⁵El compuesto conocido como “paco” es un estupefaciente fuertemente adictivo y dañino elaborado en base a residuos de la producción de cocaína, que se fuma en pipa y es mucho más económico que otras sustancias. Si bien no es posible para mí confirmar que estuviera consumiendo esa sustancia, sí fue notorio un cierto deterioro de su aspecto que impresionaba como que hubiera estado afectado por alguna sustancia psicoactiva.

inconstancia y lo cuestionaban, lo confrontaban cada vez que asistía. El vínculo se fue debilitando con el correr del año y por momentos el taller se sostenía por la colaboración de Manuel, otro ex alumno que se hacía cargo de explicar técnicas y procedimientos del oficio herrero, controlar los trabajos y el uso de herramientas.

Entre quienes asistían a los talleres, aquellos que más experiencia o interés en trabajar exhibían eran los de mayor edad: Rosa, la joven boliviana que mencioné más arriba o Aldana, que ingresó a los veintitrés años en una escuela secundaria del barrio como celadora tiempo después de haber culminado sus estudios secundarios. Aldana tenía dos hijos y recientemente se había separado del padre de ambos. Se fue con los niños a la casa de su madre, una de las trabajadoras del comedor de Aprender a Trabajar. También Manuel, que hacía changas de albañilería y pintura, además de ocuparse del taller de Herrería ante las ausencias de Mario. Gloria, quien limpiaba viviendas particulares por la zona de Flores, algunas de las cuales eran habitadas por trabajadores de políticas de juventud. Y los chicos del taller de Electricidad, que estaban trabajando en domicilios particulares del barrio, supervisados por el docente del taller.

De las mujeres mencionadas, Gloria era la única que no tenía hijos de los cuales hacerse cargo. Las demás lidiaban con las responsabilidades propias del cuidado, apelando a jardines maternos en algunos casos y a la ayuda familiar de otras mujeres en otros. Otras, en cambio, como Andrea, rehusaban dejar a sus hijos para salir a trabajar. Algunas trabajadoras de Aprender a Trabajar sospechaban que Andrea estaba sufriendo maltratos por parte de su marido, ella por su parte evadía conversar sobre ese tema. La Asignación Universal por Hijo⁶ resultaba para ella un alivio económico que eventualmente le permitía comprar ropa o calzado para sus dos hijos pequeños. Aldana era –en la mirada de las trabajadoras sociales de Aprender a Trabajar- el contraejemplo: gracias a su trabajo como celadora, y al apoyo de su madre, había logrado dar por finalizada una relación de pareja que había derivado en tratos violentos en el último tiempo.

Quienes aún no habían cumplido la mayoría de edad podían apelar a políticas estatales de *pasantías* subsidiadas. Ese fue el caso de Noemí, quien por intermedio del Programa Reconstruyendo Lazos trabajó como lavacopas en una Pizzería durante unos meses⁷. Ella se

⁶ La Asignación Universal por Hijo es un monto fijo de dinero que mensualmente la Administración Nacional de la Seguridad Social otorga, por cada hijo menor de 18 años, a personas desocupadas, empleadas en forma irregular o que perciben ingresos por debajo del Salario Mínimo Vital y Móvil.

⁷ Reconstruyendo Lazos”, es un programa del Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, dirigido a jóvenes de 16 a 21 años. El programa los vincula a empresas, comercios e instituciones para “hacer una experiencia de trabajo remunerado”, en el marco de un contrato a término financiado por el Gobierno de la Ciudad. Pasantía es el término utilizado en Aprender a Trabajar para designar esas “experiencias”.

manifestaba contenta con su trabajo a diferencia de Pedro, quien también trabajo en el marco del mismo programa pero no compartía una evaluación favorable de esa experiencia. Él había iniciado la *pasantía* con cierta resistencia. Le ofrecieron trabajar en el Zoológico de la Ciudad, lo que implicaba trasladarse a Palermo cuatro días a la semana en horas de la mañana, y pese a la insistencia de sus docentes, Pedro rechazó la oferta alegando que no quería ocupar el horario matinal para no dejar de asistir a Aprender a Trabajar. A ello agregaba: *“es que a la mañana no puedo! Aparte, no me levanto para venir acá, no me voy a levantar para ir a trabajar.”*

Las políticas estatales aportaban en otros casos becas de ayuda escolar y también viviendas transitorias, como le sucedía a Ernesto, quien vivía en un departamento del Consejo de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes⁸. Ernesto había llegado al Bajo Flores varios años atrás, cuando tenía catorce años de edad, vivía en la calle y había sido detenido por tenencia de marihuana. Entonces, empleados del “Consejo de Derechos” lo llevaron a Aprender a Trabajar, según me relató: *“...ellos me trajeron para acá. Porque supuestamente yo tenía que vincularme”*. Al inicio la asistencia de Ernesto era discontinua pero en el año 2010 cursó su último año de Herrería por la mañana, mientras que por la noche procuraba completar la escuela secundaria, y con el dinero que recibió por una beca de ayuda económica para estudiantes se compró una moto, que usaba para trabajar como repartidor de pizzas. Según me comentó en alguna de varias conversaciones que mantuvimos, Ernesto tenía interés en tener un sueldo fijo.

Si la circulación por el barrio me permitió vislumbrar parte de las actividades económicas que se despliegan total o parcialmente en las calles. Las madres y padres de chicos y chicas de Aprender a Trabajar con quienes me vinculé trabajaban además en un hospital cercano; como recolectores de residuos o barrenderos en una empresa privada concesionaria del Gobierno de la Ciudad; como obreros de la construcción; y como choferes de remise⁹, entre otros rubros. La mayoría de esas actividades, y en especial aquellas a las que acceden los jóvenes -aunque no todas-, escapan a las regulaciones protectoras del trabajo que configuran los esquemas de seguridad social en nuestro país. Tampoco requieren de estudios formales extendidos a niveles superiores. Y en su mayoría también se encuentran

⁸ Se trata de un organismo dependiente del Gobierno de la Ciudad, creado por la Ley N° 114, encargado de garantizar el cumplimiento de los “derechos” establecidos por dicha Ley y por la Constitución de la Ciudad.

⁹ La profusión de remiserías en el barrio da cuenta de la escasa circulación de transportes públicos de pasajeros como los autobuses, en especial en horarios nocturnos.

entre las menos rentables en relación con la distribución del ingreso en el mercado laboral registrado.

No obstante, algunos datos sugieren que durante la última década la circulación de dinero en el barrio se expandió significativamente. Uno de ellos es la expansión notoria de la edificación con materiales como ladrillos y cemento, mucho más onerosos que las chapas y cartones que en otros contextos sirvieron para edificar viviendas precarias, la cual está destinada principalmente al mercado de alquileres de piezas (Cravino, 2006; Gago, 2014). A falta de datos precisos sobre la economía del barrio, resulta relevante el contraste con los datos etnográficos de investigaciones que relataron situaciones tales como colectas de pequeños montos de dinero para sostener entre vecinos una copa de leche para los chicos, o bien el hambre que comprometía vínculos sociales tradicionales en barrios populares hacia el cambio de milenio (Manzano, 2013; Epele, 2010). Con esto no estoy sugiriendo que se haya terminado la escasez, ni menos la necesidad de dinero, pero sí que la disponibilidad de dinero se incrementó notablemente respecto de los tiempos en que el desempleo alcanzaba valores más elevados. El comedor que funciona en Aprender a Trabajar aporta otro dato contrastante: mientras que a principios del milenio se formaban largas colas para acceder a alimentos durante mi trabajo de campo se distribuían alimentos para que los chicos llevaran a sus casas.

Hasta aquí, el panorama de opciones y posibilidades ligadas al trabajo está ubicado entre las calles, las distintas agencias y programas estatales emplazados en el barrio, y la economía oculta de los talleres textiles. Y también existen otras economías ocultas con presencia en el barrio: las del robo y el comercio de drogas.

En otro orden, la cuestión laboral emerge ligada a la posibilidad de concretar deseos y proyectos (como ponerse un taller mecánico), a historias de migraciones y mudanzas, a experiencias de explotación laboral, a la necesidad de subsistencia, a la posibilidad de discontinuar una relación de pareja mediada por tratos violentos, entre otros aspectos. Y se evidencia un escenario desigual en el cual conviven economías pujantes con los explotados de esos mundos informales: inquilinos, costureros, entre otros. En el próximo apartado veremos de qué manera esta diversidad de cuestiones asociadas al trabajo imprime particularidades a las acciones estatales sobre los y las jóvenes que se tramitan diariamente en Aprender a Trabajar.

El trabajo y el “otro camino”

En la puerta de Aprender a Trabajar solían reunirse jóvenes a conversar e intercambiar

relatos de hazañas y virtudes de los objetos que consumían. En esas exhibiciones, el interés se concentraba en los artículos más onerosos: ropa deportiva de primeras marcas, aparatos electrónicos o zapatillas. Los chicos y las chicas ponían empeño en el cuidado de su imagen personal, en su mayoría asistían limpios, prolijos, y cuando alguno no lo hacía llamaba enseguida la atención de las trabajadoras sociales, que comenzaban a preguntarse si estaría pasando por alguna situación difícil que pudiera explicar la falta de cuidado. Ellos preferían la ropa deportiva de talles amplios y los gorros con visera. Ellas la ropa ceñida al cuerpo, que insinuara sus contornos corporales. Tanto las exhibiciones como el vestuario, daban lugar a tensiones con los docentes de los talleres. Las primeras, porque –si se trataba de objetos costosos- generaban dudas en torno a los modos por los cuales habían obtenido aquello que se exhibía o en su defecto el dinero para adquirirlo. Además, podían ser motivo de conflicto entre jóvenes, como una vez que Ernesto le prestó a otro joven una prenda de vestir de una marca juvenil reconocida, y luego reclamó su devolución con enojo durante algunas semanas, hasta que finalmente pudo tenerla de nuevo consigo. El cuanto al vestuario, en especial las gorras y las bermudas, si bien los trabajadores no cuestionaban su uso cotidiano, sí observaban que resultaban inadecuadas para presentarse a trabajar.

La relevancia del estilo y de los consumos culturales para la producción de sí, en especial referido a los y las jóvenes, que fuera señalada por distintas investigaciones (Manzano, 2010; Reguillo, 2000; entre otras), se volvía evidente en esas situaciones. Allí se expresaba, además, una voluntad de acceder al consumo que era percibida y comprendida por los trabajadores de Aprender a Trabajar. Algunos de ellos cuestionaban esos consumos reflexionando sobre los modelos y condiciones sociales desde los cuales aquellos son promovidos. Los chicos, por su parte, manifestaban también de otros modos su interés por el dinero. Por ejemplo, en ocasión de un Taller de Orientación Laboral donde estaban aprendiendo a leer avisos clasificados de diarios, una chica mencionó un aviso que buscaba una “*Enfermera Supervisora*”, a lo que agregó: “*Me gustaría, pero primero tenés que estudiar y tener título, ¿no?*”. Luego, otros dos jóvenes, en tono provocativo, leyeron sus avisos: “*Gane más de \$10.000*”. Y el otro: “*Señorita para privado, zona oeste, \$300 por día*”. Varios de los presentes comentaron que esos avisos –los cuales ofrecían sumas cuantiosas de dinero para los valores de aquel momento y en comparación con otros trabajos posibles- resultaban “raros”, y se oyeron risas.

Aun cuando los trabajadores podían cuestionar los deseos y modelos de consumo, cuando podían promovían iniciativas para que chicos y chicas accedieran a algún dinero. Una de esas ocasiones fueron los “proyectos” en torno a los cuales se organizó la actividad diaria

de los talleres en el año 2011. Para ello conformaron dos grupos que llevarían a cabo, en un caso, la edición de una revista con avisos publicitarios de comercios del barrio. Y en el otro una remodelación del *salón del fondo*, el espacio cerrado más grande de la sede Aprender a Trabajar, donde tenían lugar numerosas actividades. Allí se proponían construir una “Sala de Cine” para el barrio.

El trabajo “por proyectos” se inscribía en Aprender a Trabajar pero también en una política del Consejo de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, que otorgaba subsidios para proyectos protagonizados por jóvenes. El subsidio permitiría abonar una suma mensual de entre doscientos y cuatrocientos pesos a cada participante, y también comprar materiales tales como pintura, hierro, o abonar servicios de imprenta, y otros necesarios para llevar a cabo los proyectos. Para ello se realizó una reunión con el objeto de comunicar a los jóvenes y a sus padres la propuesta. De la reunión participaron alumnos de los talleres de oficios, docentes, y también las madres y el padre de varios *chicos*. Los interesados en participar debían inscribirse presentando fotocopia de su DNI, y una autorización firmada por un adulto responsable.

El *proyecto* perseguía varios objetivos, entre ellos, distribuir sumas de dinero entre los jóvenes participantes; afianzar el aprendizaje de oficios; actualizar los vínculos con instituciones, comercios y vecinos del barrio (invitados al cine o a publicar avisos publicitarios en la revista); mejorar el estado del salón; contar con una sala que permitiera realizar actividades con mayor cantidad de invitados en mejores condiciones (por ejemplo, con sillas para todos); y también otros dos que con el tiempo devinieron en fundamentales teniendo en cuenta la centralidad que le atribuyeron los trabajadores de Aprender a Trabajar: comprometer la asistencia diaria de *chicos* y *chicas* ante la discontinuidad registrada y debatir con ellos, mediante ejemplos prácticos, cuestiones tales como las maneras de relacionarse con otros en el trabajo y los usos del dinero, entre otros temas. Las tareas propias de la refacción en el marco del proyecto Sala de Cine, estuvieron a cargo de Fernando, un hombre que promediaba los treinta años, había sido alumno de Aprender a Trabajar en la época de sus inicios, y ahora trabajaba allí como docente de Electricidad. En aquella reunión con madres, un padre y varios chicos, Fernando afirmó:

“La idea de esto es que ellos puedan tener un compromiso con el trabajo de mañana, porque el día de mañana no van a poder decir ‘llegué tarde, no lo hice, me olvidé’. La idea es que asuman una responsabilidad porque en el trabajo uno se perjudica si no, y perjudica a otros.”

Para Fernando, ex alumno de Aprender a Trabajar de los años '90 y actual docente de Electricidad, a cargo del proyecto Sala de Cine, esta idea de "*compromiso con el trabajo*" se traducía en la asistencia diaria, el cumplimiento de horarios establecidos y en la "*capacidad de planificar*". El supuesto era que visualizar metas concretas podía estimular la asistencia, y la beca reforzaría el estímulo, así como podía también movilizar el apoyo de algunas madres y algún padre.

Una semana después de la reunión con jóvenes, madres y un padre, los *proyectos* se pusieron en marcha. Los integrantes del grupo abocado a la "Sala de Cine" comenzaron vaciando y limpiando el salón, preparándolo para el inicio de las refacciones. El viernes de la primera semana de trabajo se realizó una reunión para planificar los objetivos de la semana siguiente. Allí acordaron picar las paredes y el techo. Desde entonces, semana tras semana los días viernes realizaron reuniones donde jóvenes y adultos discutían y planificaban los objetivos de la semana siguiente. Las denominaron "taller de seguimiento de proyectos" y se fueron instaurando como un espacio de evaluación y autoevaluación del trabajo realizado.

En el "taller de seguimiento de proyectos" se analizaban los avances respecto de la planificación establecida la semana previa, las tareas realizadas por cada uno, los conflictos y situaciones riesgosas, como una vez que Fernando regañó a dos *chicos* por haber estado bromeando subidos a un andamio. Asimismo, se discutían criterios tales como qué hacer ante las inasistencias reiteradas de algún *chico*, situaciones ante las cuales algunos jóvenes sugerían que por cada inasistencia debía descontarse un monto del pago, como principal modalidad de reprimenda. Pero Fernando, o también otros docentes que estuvieran allí, rechazaban de plano estas propuestas inclinándose por modos de regulación que consistían en verbalizar, señalar conductas y exponer situaciones a la discusión colectiva. Por otra parte, cada vez que había oportunidad algunos de los *chicos* y *chicas* se ocupaban de mostrarnos orgullosamente, a quienes quisiéramos observar, los avances alcanzados o su participación personal en alguna tarea.

Las reuniones de los viernes eran cordiales y afectuosas pero se complementaban con otros mecanismos de regulación. Por ejemplo, el regaño por haber "jugado", refería a una escena en la cual cuatro jóvenes saltaban al mismo tiempo sobre un andamio. Uno de ellos era Pedro, que amenazaba con "*hacer juicio a Aprender a Trabajar*" si se lastimaba. Se resistió a descender hasta que Fernando subió "*para bajarlo*", y en ese movimiento fue este último quien sufrió un fuerte golpe. Entonces, decidió separar a los participantes del proyecto en dos grupos a los cuales les asignó tareas diferenciadas "*para que se vea quién trabaja y quién no*", según comentó ante los trabajadores presentes y ante mí, una vez finalizada la evaluación con

los *chicos*. Juana, estudiante de sociología y docente del taller de Orientación Laboral, hubiese preferido trabajar en el taller de los viernes sobre los “Accidentes de trabajo” como contenido temático. En cambio Fernando optó por establecer varios límites, por un lado, hacia la situación concreta, por otro hacia una serie de actitudes de Pedro y dos de sus amigos, quienes reiteradamente generaban, a su modo de ver, dificultades para avanzar con los trabajos. Y finalmente un límite a la voluntad de Juana de regular la situación por medio del diálogo y el análisis de normativas de protección de los trabajadores, algo que para Fernando no resultaba siempre tan adecuado.

Las energías vertidas en discutir, evaluar, conducir y modificar las conductas, y en particular los modos de trabajar y de comportarse y relacionarse en el trabajo llamaron mi atención en el marco del proyecto Sala de Cine pero también en otros momentos. Por un lado se realizaba un encuentro mensual de todos los jóvenes y trabajadores del turno mañana, denominado Intercambio, donde mes a mes se trataban “temas grupales” en los cuales se establecían normas y criterios relacionados con los modos de actuar en Aprender a Trabajar o ante proyectos tales como un paseo fuera del barrio, una jornada de trabajo voluntario, u otras. Por otro lado, funcionaba un “Espacio de las mujeres”, donde se debatían los vínculos de pareja y los modos de crianza, y donde las trabajadoras sociales procuraban favorecer las condiciones para que las *chicas* pudieran salir a trabajar. En distintos talleres y momentos se discutió la cuestión de qué significa ser adolescente o joven, y más en particular sobre las relaciones entre la imagen difundida en los medios de comunicación sobre los jóvenes de Bajo Flores y la mirada que ellos tenían sobre sí mismos. En esas discusiones, los trabajadores de Aprender a Trabajar procuraban distanciar, diferenciar ambas imágenes, y los adolescentes coincidían en afirmarse en cuestiones que no aparecían reflejadas en aquellos estereotipos. Pero estaban también aquellos que bromeaban sobre el tema, entre ellos, uno de los asistentes dijo en una oportunidad: “*yo quiero ser malo*”. Tanto las bromas como esta expresión de un adolescente especialmente tímido, retraído, alertaban sobre los códigos de sociabilidad, como un indicio de que algunos jóvenes podían verse obligados a infundir temor en sus pares para ser respetados (algo que Bourgois, 2010, analizó en detalle entre jóvenes vendedores de crack en Harlem, Nueva York).

Esos códigos de sociabilidad, al menos en lo que refiere al consumo, son percibidos por los trabajadores de Aprender a Trabajar como un “riesgo” omnipresente que es preciso confrontar. Para ello, la apuesta de Aprender a Trabajar es al trabajo y la educación, en

sintonía con las políticas de juventud en distintos niveles. El trabajo es una meta, un horizonte que se construye diariamente. Y la educación representa la manera fundamental en que se tramitan las posibilidades de iniciarse y afianzarse en la construcción de ese horizonte de trabajo. Con estos acuerdos fundamentales, conviven de manera más o menos conflictiva distintos sentidos y formas que adquiere esa pedagogía orientada al trabajo.

Para algunos trabajadores lo importante es ocupar el tiempo de los jóvenes con actividades que limiten la exposición a los “peligros” de la calle. Otros discuten esa visión y consideran en cambio que el aporte fundamental de los talleres de oficios no pasa por la cantidad de tiempo ocupado sino por la “calidad” de la propuesta. Es la opinión de Cecilia, docente de Lectoescritura en Aprender a Trabajar desde 2001 y oriunda del Bajo Flores:

*“Acá están 4 hs., no queremos estar las 24 hs. detrás de ellos. Y en el medio está todo eso que ya sabemos: pobreza, exclusión, armas, la maldita droga, el deterioro...(…) Yo pienso que no podemos tenerlos debajo de la pollera. Obvio que afuera es **la jungla** pero si estás todo el día... cuando no estás el pibe no puede solo.(…) Lo asistencial no va. La culpa no va. El tiempo libre no lo manejamos acá. El tema es la calidad de lo que les ofrecemos.”*

Sin duda, la “calidad” es un concepto que puede referir a contenidos de lo más diversos. Pepe, fundador y coordinador general de Aprender a Trabajar, abogaba por una mirada crítica en sentido amplio, vinculada con las presiones a las cuales los y las jóvenes son sometidos, y cuya elusión requiere de mucha “convicción” y también de acompañamiento adulto. Desde esta perspectiva, el problema está en la desigualdad y en las pautas de consumo que “la sociedad” les impone a “los chicos“. Para confrontarla propone la reflexión crítica (y también acciones directas de protesta que no he tratado en esta ponencia). En sus palabras:

“En la urgencia de buscar soluciones para las situaciones tan precarias que viven los pibes, complicada, nos olvidamos de hacer que es el tema de cómo trabajar y generar el tema de la conciencia crítica y yo digo propositiva también, no? Porque no sólo queda en criticar lo que hay. Esto de pensarse desde por qué hay barrios pobres y barrios ricos, por qué hay pobreza en un lado y exceso de riqueza en otro, y no quedarnos en que ‘Ah, bueno, pobre, le conseguimos la beca, tienen el comedor, los ayudamos en la escuela’ (...)

*Nosotros acá llevamos 20 años y tenemos más de 10 chicos muertos, viste. Algunos muertos por problemas de salud, que son los menos. Y otros porque estaban transitando... venían acá y querían zafar pero a la vez seguían transitando **el otro camino**. Y bueno. Cuando la sociedad te exige, para ser alguien, tener determinada cantidad de cosas, la propuesta más rápida o más fácil es la que vas a... en algún momento, por alguna urgencia,*

por alguna presión, vas a... si yo te digo vení, vamos a hacer rejas. En 3 meses, vos podés sacar plata para poder vivir más o menos. Pero si a vos te ponen que te tenés que comprar una cosa de 3, 4 mil pesos ya, porque si no sos feo y distinto... y bueno, si alguien te da la oportunidad, tenés que ser muy... Hay que ser muy... estar muy convencido y ser muy... muy firme para resistirse a todo eso”.

Las miradas sobre cómo trabajar con los *pibes* son divergentes pero tienen en común una lectura dicotómica en la cual droga y prácticas ilegales como el robo forman parte de un “otro camino” respecto de aquel en el cual Aprender a Trabajar pretende iniciar a los jóvenes: el “camino del trabajo”. Más allá de lo discutible que resulta esta dicotomía, interesa señalarla porque resulta constitutiva –pese a los esfuerzos que realizan para confrontar esas imágenes– de las miradas que los trabajadores de Aprender a Trabajar expresan sobre los jóvenes del barrio, y también del modo en que construyen y evalúan su propia acción política. Desde ya, esta afirmación no supone que consideren los “dos caminos” como mutuamente excluyentes. Lejos de eso, emergen de los mismos testimonios como alternativas que coexisten en las vidas de algunos de los jóvenes con los que trabajan. Al mismo tiempo, ni es cierto que todos los *pibes* del barrio estén involucrados en prácticas como el robo o el consumo o venta de drogas (prácticas que por otra parte no son homogéneas), ni es eso lo que piensan estos *trabajadores* (que tampoco piensan todos de la misma manera). Por el contrario, lo que se afirma (y teme) es que esa posibilidad es una opción bastante extendida en el barrio, en “la jungla”, lo cual se agrava por la presión social que ejercen modelos de éxito personal ligados al consumo y estigmatizaciones mediáticas sobre los jóvenes de barrios populares.

La oposición dicotómica entre los dos “caminos” remite a la que identificó Wacquant (2006) entre un gimnasio de aprendizaje y práctica de boxeo, y las calles de un gueto negro en Chicago. El autor encontró en el gimnasio un espacio donde se las habilidades técnicas y los saberes estratégicos necesarios para forjar a un púgil, pero asimismo halló en el gimnasio una función de aislamiento, de escudo respecto de la inseguridad y las presiones de la vida en el gueto. Y un aspecto fundamental de la construcción de esa dicotomía, y de ese carácter protector es el hecho de que el gimnasio es una escuela de moralidad, en el sentido de que promueve la disciplina, la vinculación al grupo (lazos sociales, vínculos afectivos), el respeto por sí mismo y por los demás. En el gimnasio, un “*programa de vida*” sumamente exigente invita al individuo a descubrirse y transformarse a sí mismo. Esta construcción física y moral del boxeador, y el esfuerzo que supone, sólo se comprende ampliando la mirada a la

estructura de oportunidades que el barrio ofrece, que se distribuyen entre la escuela, los trabajos menos calificados, y las redes y actividades de la economía callejera.

En la dicotomía Aprender a Trabajar/camino del trabajo – jungla /mal camino el joven es concebido como un ser débil (no muy fuerte, no muy convencido)¹⁰ y expuesto a las “otras ofertas”. El “camino del delito” es definido como “otro” en contraposición al “camino del trabajo” en tanto fuente de ingresos. Desde esta concepción, Aprender a Trabajar propone el aprendizaje de oficios como un modo de disciplinamiento que supone la apropiación de técnicas corporales y otras regulaciones como el cumplimiento de horarios y el uso adecuado de máquinas, herramientas y andamios. Complementariamente, se abordan asuntos relativos a cuál es el vestuario adecuado para salir a buscar trabajo y cuál es el lenguaje apropiado a utilizar. De esta manera, las prácticas normativas que se impulsan en Aprender a Trabajar, se articulan en torno a la formación laboral, y secundariamente se apoyan en la crítica social como instrumento de autogobierno, de formación de una conciencia capaz de guiar al joven por el “camino” de trabajo y de la “lucha” (por sus derechos y por la transformación social). Así se promueve un cierto control físico-moral. Del mismo modo que la dicotomía que identificó Wacquant, esta se comprende situada en el barrio, en su economía, en los modos en que es percibida y significada por los adultos y también por jóvenes que expresan una necesidad de ser “malos”, de mostrar una virilidad que se exterioriza en desafíos ostentosos como modo de construir para sí lo que Bourgois (2010) llamó el “respeto”. Ese respeto, que se asienta en una capacidad de confrontación pero también en una serie de lenguajes tales como la estética corporal; el consumo de objetos que hacen a la construcción de esa estética - como la ropa deportiva-; la oratoria; constituye una “presión” como la que mencionaba Pepe. Todo ello configura estas políticas y sus objetivos. Como me dijo el docente del taller de Construcciones en una entrevista realizada en 2015:

“La experiencia es buena. Algunos se han recuperado, otros no. Pasa que nosotros trabajamos sobre una línea muy delgada, tenemos pibes que están muy en el borde. (...) Si lo vemos que no tiene pasta de alto chorro, lo traemos a trabajar con nosotros. (...) Pero si no podemos recuperar a los pibes, Aprender a Trabajar como proyecto fracasa.”

¹⁰Tal como señaló Chaves (2010) los discursos sociales definen en su mayoría a los jóvenes como personas inseguras, incompletas, suponen que ello aumenta su posibilidad de “desviarse” y tornarse peligrosos, para otros o para sí mismos.

De la promoción del “trabajo decente” a la regulación de las economías populares: políticas y modos de transitar la juventud

En esta ponencia exploré las opciones de vida y de inserción laboral que se abren para los y las jóvenes con quienes interactué en el Bajo Flores. Lejos de los cánones del “trabajo decente”, estas opciones se orientan: a una economía callejera en la cual se destaca el comercio, entre otras actividades, mayormente informales; al trabajo en el marco de políticas y agencias estatales; a rubros socialmente valorados como de “escasa calificación”: construcción, limpieza, recolección de residuos y transporte. Paralelamente, la dedicación a la vida doméstica en el marco de economías familiares compuestas por otros ingresos, y también por la percepción de subsidios, era una posibilidad seguida por algunas mujeres.

Las experiencias mostraron asimismo la violencia a la que han sido sometidos varios de estos jóvenes, en trabajos que en términos generales ni siquiera permiten niveles de acceso al consumo tales como los que ellos y ellas aspiran a conseguir, lo que supone una doble violencia. Y también figuraba la opción de buscarse la vida por “el otro camino”, donde la violencia a la que podrían quedar expuestos parecía ser aún mayor, como le sucedió a Ernesto, que fue detenido, o a los diez chicos muertos que frecuentemente rememoraba Pepe.

Aun considerando la diversidad de posibilidades y la desigualdad de condiciones de vida que pueden observarse en el Bajo Flores, parece claro que para los habitantes del barrio fue posible en los últimos años tener un trabajo legal, y también fue factible ganar buen dinero. Pero mucho más improbable fue acceder a trabajos que combinaran ambas situaciones. De esta manera, el escenario que se configura para los jóvenes de Aprender a Trabajar es de una notable precariedad: trabajos sin protecciones sociales, remuneraciones escasas, actividades de corta duración, o bien emprendimientos comerciales que podrían ser más rentables pero que, dada su informalidad – a la que en algunos casos se le añade ilegalidad- la posibilidad de sostener la fuente de ingresos está supeditada a la falta de controles o a la “buena voluntad” de autoridades que podrían impedir por la fuerza tales actividades (algo que señaló Gago, 2014, para las grandes ferias callejeras: su supervivencia en parte está ligada a que las autoridades políticas la han permitido).

En este marco de posibilidades, los trabajadores y trabajadoras de Aprender a Trabajarforjaron, a lo largo del tiempo, numerosas iniciativas para generar oportunidades de acceso a un trabajo y a algún dinero para los *pibes*, sin ceñirse a la idea de un “trabajo decente”, ni siquiera de uno asalariado. En ese sentido, la construcción simbólica del Bajo Flores como una “jungla” cargada de peligros, que sitúa la calle y Aprender a Trabajar como

opciones dicotómicas asociadas a elecciones de vida antagónicas -el trabajo o el delito-, fundamenta una modalidad de intervención en la cual parece primar más el cuidado, el afecto, la protección, que la “seguridad” económica o la seguridad social en los términos en que podría protegerla el salario. Por ejemplo, en el Proyecto Sala de Cine, el aprendizaje de oficios se conjuga con el acceso al dinero y deja ver también la preocupación por disciplinar la vida y la reproducción de estos jóvenes por medio de iniciativas tendientes a que cumplan horarios, que se comprometan con las tareas programadas y con sus pares, que vestan ciertas ropas y no otras, que pasen en los talleres un tiempo que se resta al estar en la calle, y también a que se involucren en trabajos que, como la refacción del salón del fondo, no estén reñidos con la ley.

Así, esta ponencia propuso un doble movimiento, por un lado, un recorrido por opciones de vida, posibilidades de trabajo a las cuales acceden habitantes del Bajo Flores, mujeres y varones, en particular aquellos más jóvenes, lo que da lugar a una economía política situada espacial y temporalmente. Por otro, una indagación respecto de cómo esa economía es conceptualizada por trabajadores estatales, y cómo en relación con sus análisis intentan regularla: promoviendo un control físico-moral a través del aprendizaje de técnicas corporales (como las que se requieren para practicar oficios) y usos del tiempo, y generando trabajos en marcos de legalidad.

Estas posibilidades y opciones de vida y de trabajo, en conjunto con las expectativas de jóvenes y trabajadores estatales, y articuladas con modalidades de acción –que lejos de ser unánimes suponen una serie de tensiones, debates, y modos de trabajo en las que están en juego sueños, imaginarios, proyectos, posibilidades, ansiedades y necesidades urgentes-, también configuran las políticas de juventud y los modos de vivir este momento de la vida.

De manera articulada, esta ponencia también dio cuenta de una politicidad de las acciones juveniles. Por ejemplo, las inasistencias de Mario y su consumo de sustancias, o los pequeños desafíos cotidianos de Pedro y algunos de sus compañeros, exhiben parte de la manera en que estas políticas y el Estado son producidos; de sus márgenes y sus limitaciones. Al igual que la negativa de Andrea a poner en palabras, a exponer, aspectos de su vida. Vistas de este modo, las acciones de chicos y chicas hablan sobre sus aspiraciones, posibilidades, resistencias, sueños, también sobre el deterioro al cual pueden quedar expuestos en parte por efecto de sus propias conductas (siempre condicionadas, pero no por ello menos propias). Como señalaron Bourgois (2010) y Epele (2010), las acciones juveniles, aun cuando pudieran

ser autodestructivas en sus efectos, hablan de las formas particulares que imprimen los y las jóvenes a la dominación a la cual están sometidos. Y con ello, muestran los modos en que estas acciones inciden en la redefinición cotidiana de modalidades y objetivos de las políticas de juventud.

En esta línea de reflexiones, repensar el neoliberalismo en términos de gubernamentalidad permite captar una multiplicidad de sentidos y resistencias que se gestan, crecen, disputan, se modifican en la producción diaria de políticas de juventud, tomando distancia –como sugirió Gago- de los usos del vocablo que lo consideran autoevidente. Pero no habilitan a suponer una resistencia unificada, homogénea, unívoca, que permita identificar “un sentido contrario” producido “desde abajo” a lo que podría imponerse “desde arriba”. Por el contrario, como advirtió Antonio Gramsci, lo popular, las expresiones que confrontan al poder dominante, son fragmentarias, contradictorias, desarticuladas (Corrigan y Sayer, 2007; entre otros). Y no es que por ello no resistan ni logren afectar sus modos y condiciones de vida pero la fragmentación ilumina, nuevamente, las condiciones de desigualdad en las cuales se libran esas batallas.

En otro orden de reflexiones y discusiones, la investigación que da sustento a esta ponencia me permitió captar continuidades durante los últimos 25 años: por un lado en las resistencias de trabajadores estatales que hacen del trabajo político con jóvenes se sectores populares un modo de vivir y confrontar la dominación. Y por otro en las condiciones de vida en estos barrios donde hubo ferias prósperas, casas de ladrillos y de vez en cuando comida sobrante en el comedor, pero donde la pobreza sigue siendo lo más constante. Si bien no han sido estos puntos los ejes de la ponencia, han quedado sugeridos, y conviene recordarlos porque analizar esas continuidades en profundidad resulta especialmente necesario en estos días, cuando la vida se está endureciendo en los barrios populares. A eso apunta la revisión que propongo retomar sobre el “neoliberalismo”, a comprender más profundamente las disputas por la dominación, los actos de resistencia, y los modos en que estos procesos se gestan en la vida cotidiana.

Bibliografía

BOURGOIS, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CHAVES, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

CORRIGAN, P. y SAYER, D. (2007 [1985]). “Introducción a El Gran Arco: La formación

del Estado inglés como revolución cultural”. En: Lagos y Calla (comp.) *Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina*. La Paz: INDH/PNUD.

CRAVINO, M.C. (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines: Instituto del Conurbano-UNGS.

EPELE, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.

GAGO, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

JACINTO, C. y MILLENAAR, V. (2010). “La incidencia de los dispositivos en la trayectoria laboral de los jóvenes. Entre la reproducción social y la creación de oportunidades”. En: *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades* (comp). IDES. Buenos Aires: Teseo.

MANZANO V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria.

MANZANO V. (2010). “Ha llegado la ‘nueva ola’: música, consumo y juventud en la Argentina, 1956-1966”. En: Cosse, I.; Felitti, K. y Manzano, V. (eds.) *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

MILLENAAR, V. (2010). “La incidencia de la formación para el trabajo en la construcción de trayectorias laborales de mujeres jóvenes.” En: C. Jacinto (Comp.). *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades*. Buenos Aires: Teseo, IDES.

REGUILLO, R. (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.

SALVIA, A. (2013). *Juventudes, problemas de empleo y riesgos de exclusión social*. Berlín: Friedrich-Ebert-Stiftung.

VAN RAAP, V. (2010). “Educación, políticas sociales y acceso al mundo del trabajo: un estudio acerca de la desigualdad de oportunidades para los jóvenes en la Argentina”. *Tesis de Maestría en Políticas Sociales*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Mimeo.